Apuntes sobre una hazaña inolvidable

Alférez de Fragata
Juan Carlos Llosa Pazos

"... Entraré al puerto sobre la Escuadra bloquedora; del regreso no puedo responder, pero cumpliré con mi deber..."

Capitán de navío Manuel Villavisencio

Ocurrió en la madrugada del miércoles 17 de marzo de 1880. En medio de una infinita oscuridad, la proa de un buque de guerra embestía, muy próximo a tierra, aguas peruanas al suroeste del puerto de Arica, bloqueado en esos días por una poderosa escuadra integrada por varios blindados. En el puente de comando el comandante del buque y su segundo supervisaban cuidadosamente la derrota que debía llevarlos a su destino. La arriesgada misión que motivaba el viaje de la nave era de carácter secreto por lo que su arribo no era esperado ni por sitiadores ni por sitiados. En sus bodegas, el navío transportaba pertrechos de guerra para el ejército que combatía contra el invasor.

Sigilosamente, con movimientos casi inaudibles y amparada por la oscuridad reinante la corbeta *Unión* al mando del capitán de navío Manuel Antonio Villavisencio alcanzó la bahía de Arica. Aproximándose a su fondeadero deja atrás buques enemigos que no advierten su presencia. Cualquier ruido, cualquier destello podía delatarlos.

En los primeros instantes del alba la corbeta pasa espías a muelle. Casi al mismo tiempo es descubierta por el enemigo. Pronto, media

tripulación de la *Unión* se pone a órdenes del capitán de corbeta Benavides y empieza a descargar por el portalón de babor bultos y cajas que contienen los pertrechos de guerra a la vez se van abasteciendo de carbón, mientras que por la banda de estribor el resto de la dotación comandada por el capitán de navío Villavisencio responde valerosamente el ataque de la escuadra chilena. El segundo comandante, capitán de corbeta Arístides Aljovín, se encarga de combatir los siniestros que se van produciendo en la superestructura de la nave durante la lucha.

Después de horas de combate, el almirante chileno Galvarino Riveros reúne a bordo de su buque insignia a los comandantes de los buques bloqueadores, con el propósito de planear la aniquilación de su atrevido adversario. Momento crucial que aprovecha inmediatamente el comandante de la *Unión* para escapar de la trampa. En plena luz del día, ante jubilosos nacionales y sorprendidos e impotentes enemigos, la *Unión* burla por segunda vez el bloqueo de Arica dejando atrás a los buques chilenos repartidos entre la bahía y el norte de Arica, que en vano emprenden su persecución. A máxima velocidad, orquestada por tambores de guerra y estruendos de cañón, la corbeta toma rumbo suroeste, alejándose rápidamente para luego desaparecer tras el horizonte.

El primer enfrentamiento de la corbeta *Unión* con pabellón nacional se remonta a los días de la guerra con España, cuando, comandada por el capitán de fragata Miguel Grau, se cubrió de gloria enfrentando en Abtao a dos fragatas españolas. Quince años después termina sus días en el fondo del mar, hundiéndose por decisión del Alto Mando Naval al término de una de las batallas que se libraron por la defensa de Lima.

El artífice de la inolvidable hazaña del 17 de marzo de 1880, Manuel Antonio Villavisencio Freyre, fue sin duda de la clase de hombres que nacen para protagonizar hechos memorables. Seres escogidos, por quién sabe qué extraño designio, para aparecer en momentos y circunstancias precisas, como si sólo hubiesen vivido para el instante sublime o la inspiración prodigiosa. Limeño, de baja estatura y modesto aspecto, gentil y respetuoso, dueño de profundo conocimiento de su profesión, asiduo veraneante chorrillano, propietario de un pequeño rancho de segunda fila en el balneario más concurrido de su época. Alumno de la Escuela Naval, segundo del comandante Grau en el *Huáscar*, segundo comandante de Arsenales, comandante del transporte *Chalaco*, capitán de navío desde 1879, comandante de la corbeta *Unión* a fines de aquel aciago año, rebelde montonero en las provincias ocupadas, Prefecto, Comandante General de la Escuadra, Director de la Escuela Naval, Ministro de Estado, Comisionado Especial del gobierno en Europa, Senador de la República,

y finalmente Vicealmirante en 1923. Fue siempre norte y guía de su trayectoria el estricto cumplimiento del deber. Perteneció, por mérito propio, junto con otros notables marinos de su siglo, a una insigne estirpe de valerosos guerreros navales que forjaron nuestra tradición y prestigio profesional. Su habitual modestia, por la cual era conocido, iba a la par con su energía como Jefe, que puso de manifiesto en repetidas oportunidades a lo largo de su carrera, imponiendo sanciones a quienes por justicia se hacían acreedores a ellas, como la que impuso en cierta ocasión, a poco de recibir el comando de la *Unión*, al grumete Gregorio Roca, ordenando -porque así lo ameritaba el caso- su fusilamiento por haber asesinado a un contramaestre de a bordo durante un pleito en la cubierta principal de la vieja corbeta de madera. En presencia del comandante y de toda su tripulación, se ejucutó la sentencia sin la menor contemplación.

El destino, tantas veces injusto, se manifiesta de incomprensibles maneras y resulta pagando al heroismo y al valor supremo, como el que tuvo el Caballero de los Mares, con una muerte atroz, o, como en el caso del capitán de navío Arístides Aljovin, segundo de la *Unión* aquella gloriosa fecha, asesinado a poco de concluir el siglo por un asaltante en la vereda de una calle de la antigua Lima ante el horror de sus vecinos. Muy distinta fue la suerte que le cupo al Comandante de la *Unión* a su arribo al Callao, después de realizada su proeza. Llovieron los honores y vítores, de parte de la prensa capitalina y de los limeños en general. El capitán de navío, cuya exitosa misión fue tomada como uno de nuestros más importantes triunfos en aquella guerra, fue agasajado por las más importantes personalidades del país. Hasta el propio Nicolás de Piérola, Jefe Supremo en esa época, se atrevió a situar aquella notable hazaña por encima del sacrificio incomparable del Comandante del *Huáscar* y su tripulación.

Luego de una prolongada existencia basada en la rectitud y el patriotismo, el vicealmirante Manuel Antonio Villavisencio Freyre murió el 20 de diciembre de 1925 a los 84 años, rodeado del cariño y admiración de sus conciudadanos.

Separados por más de un siglo de la acción de armas que colmó de gloria al entonces comandante Villavisencio, en la actualidad, durante las últimas semanas, y en circunstancias de tiempo y realidades muy distintas, la soberanía territorial se ha visto amenazada por tercas e insensatas pretensiones del Ecuador. Teniendo los mismos ideales y principios de la Marina de hace más de cien años, las fuerzas navales han sabido encarar la situación con el mismo vigor y patriotismo de nuestro pasado glorioso.

Ha sido notorio, para todos los que vestimos el uniforme de Grau, el entusiasmo y dedicación del personal

naval que, de una u otra forma, directa o indirectamente, ha participado en este conflicto, con la firme convicción de combatir al invasor en el momento que fuere necesario, lo que no hace mas que reafirmar que no son ajenos, a los marinos de hoy, ni el coraje ni el valor de los guerreros navales otrora tripulantes de buques de vela o a vapor. Protagonistas de gestas gloriosas, esta demostración de preparación y de aplomo ha hecho honor a nuestra tradición y a los hombres que nos precedieron y que, desde el Almirante Guise, fueron forjando el Instituto.

La Marina de Guerra del Perú ha participado activamente en los desplazamientos estratégicos al Norte, estando lista para actuar en salvaguarda de los intereses del Estado y la Nación. Como primera línea de defensa, la Marina de Guerra del Perú ha llevado consigo a la zona de conflicto el espíritu de nuestros héroes navales perennizados en cada una de sus unidades que han operado en la frontera limítrofe dentro de nuestra incuestionable soberanía; entre ellos figura el almirante Villavicencio, cuyo nombre está grabado en una poderosa y moderna máquina de guerra, la fragata misilera *Villavisencio*, hecho que honra la memoria de este ilustre combatiente.

En el trancurso de más de cien años han ocurrido cambios trascedentales en la humanidad y por consiguiente en la Marina de Guerra del Perú, que, estando desde entonces siempre atenta a la evolución de la tecnología, ha ido cambiando viejos blindados por más veloces y sofisticadas fragatas o corbetas, o cañones de grandes calibres por misiles teledirigidos; sin embargo, la conducta y el ejemplo de hombres como el almirante Villavisencio no están sujetos a modificaciones o adelantos, porque en la actualidad tienen vigencia para quienes valoramos los principios morales, la rectitud, la valentía y, sobre todo, el cumplimiento del deber por encima de todas las cosas.

Al conmemorarse 115 años de la doble ruptura del bloqueo de Arica, no puedo mas que sentir admiración y respeto por este valeroso oficial, que ejerció con talento y habilidad la profesión que tenemos en común; que pese a no haber contado, ni él ni sus contemporáneos, con una Escuela Naval como la que tenemos hoy -de sólidos cimientos y firmemente establecida, la que ha sido y es eje principal de la modernización y engrandecimiento de nuestra Marina de Guerra durante este siglo-, logró desarrollarse ampliamente en el campo profesional, empleando para ello todo el conocimiento que la época que le tocó vivir le permitió.